

Leemos que ha ingresado en Prisiones militares un comandante de Estado Mayor y redactor pseudónimo militar de un diario que se distingue por su campaña en contra de la neutralidad de España y a favor de una parte de los beligerantes en la actual guerra europea.

Como no sabemos lo que ese señor comandante del Ejército español haya hecho y dicho, ni conocemos tampoco el Código y las Ordenanzas militares, no podemos juzgar de si ese aprisionamiento ha sido o no justo. Pero vamos a comentar unas palabras que ese señor pronunció en la Juventud Tradicionalista de Barcelona, según el órgano de los jaimistas de la ciudad condal. Las palabras son estas:

«Pues bien; recuerdo que cuando yo era niño se me encargó que dibujase un mapa de España, y lo dibujé; pero no sé si fué debido al sueño o no sé qué, el hecho es que no hice más que los contornos de España, o mejor dicho, de la Península ibérica, y así se me ocurrió borrar una frontera y quitar un borrón, y espero que esa frontera y ese borrón desaparezcan y desaparecerán.»

El plumibelicoso catedrático de milicia, el que arma guerra con la pluma, como podemos armarla nosotros, los demás pobres plumíferos y zurupetos de la estrategia, se ha sentido conquistador oratorio de Portugal, sin duda para libertarle de esa tiranía inglesa bajo la que, según nuestros papánatas troglodíticos, gime. Y esto ya es grave.

Con frecuencia se oye a no pocos españoles quejarse de la manera más despectiva, desdeñosa y hasta insultante en que, según ellos, se nos trata por ahí, en Europa; pero no estaría de más que se fijasen esos españoles en la manera con que aquí, en España, suele tratarse de las cosas de Portugal y en la ligereza, ignorancia y mala fe y peor intención con que se las juzga. Hay que confesar, en efecto, que no están destituidos de todo fundamento los celos que muchos portugueses abrigan respecto a las veleidades imperialistas y de unitarismo a la fuerza de no pocos españoles y no de los del montón. Y esa es la peor manera de que desaparezca esa frontera, si es que ha de desaparecer, siquiera espiritualmente, algún día. Con plumibelicosos catedráticos de milicia, de esos que arman guerra en el papel, la unión ibérica, la cordial, la voluntaria, la espontánea, la contractual, la del pacto sinalagmático, conmutativo y bilateral, que habría dicho el inolvidable y gran patriota español Pi y Margall, no llegará a ser nunca un hecho. Decimos unión y no unidad, que son cosas muy diferentes.

La fórmula de la unidad es la que dió Hernando de Acuña, el poeta de Carlos I de España y V de Alemania, nuestro primer Austria, cuando exclamó:

Un pastor y una grey sólo en el suelo,
un monarca, un imperio y una espada.

Un Monarca, uno y él mismo tuvieron España y Portugal, durante los otros tres siguientes Austrias, los tres Felipes de la Casa de Habsburgo, el II, el III y el IV, y aquella unión monárquica, por arriba se rompió. Y se rompió porque no era unión. Era que un mismo puño regio apuñaba a dos pueblos, queriendo reducirlos a cierta unidad y no precisamente popular, ni aun civil.

El más grande de los iberistas peninsulares y el único gran historiador artista que ha producido la Península ibérica, J. P. Oliveira Martins, en el capítulo II, titulado «Los Felipes», del libro VI de su admirable «Historia de Portugal», escribió esto:

«Con el duque, la nobleza y la burguesía no reclamaban la independencia, deseando unir en lo íntimo la fusión. Repelían e indignábanse, sin embargo, contra el sistema híbrido, contra la «unión» de los dos Reinos que, permitiéndole a España saquear Portugal, no daba a los portugueses los fueros y los intereses de los españoles. Si la política de Madrid no hubiese estado condenada a la flaqueza de la co-

dicia; si se hubiese pronunciado claramente por la incorporación de Portugal, en vez de seguir el camino, fatal para ella, de la rapiña, parecé evidente que Portugal, concluido el ciclo de Aviz, habría desaparecido para siempre del papel de las naciones.

En efecto, las reclamaciones portuguesas eran sencillas y justas, sin entusiasmos ni reivindicaciones patrióticas. Eran prácticas; y en un sentido estaban indicando la anexión, como la política que satisfacería a todos. La nobleza quejábbase de que los señoríos y bienes aristocráticos de Portugal se diesen a españoles contra las decisiones de las Cortes de Thomar. Los negociantes pedían que se les abriesen los puertos de las colonias españolas de América. Los magistrados, los juriconsultos, los letrados y eclesiásticos pedían también que se les diese lugar en los tribunales y en la iglesias de toda España. ¿Qué pretendían todos? Que Portugal se fundiese en el cuerpo de la Monarquía; mas la corte de Madrid, que podía seguir saqueando el Reino conquistado y «unido», vería secarse esa fuente desde que la fusión se consumase, y la burguesía española, togada, mitrada, comercial, temía la concurrencia de los adventicios a los lugares y a las especulaciones mercantiles.»

Si, la burguesía española de tiempo de los tres Felipes de Austria, nuestros «Junkers» de entonces querían que el Rey de España tuviese a Portugal bajo su puño, bajo el puño mismo con que apuñaban a España y a sus colonias



americanas, para que ellos, esos burgueses, lo explotaran como otra colonia. Y, además, el orgullo castellano de nuestros abuelos de los siglos XVI y XVII, de aquella España a que admiraba Treitschke, no podía renunciar a sus pretensiones de superioridad política y de hegemonía. No admitía la unión de igual a igual. España hacía un favor a Portugal con dominarlo.

Las diferencias se acentuaron siempre, y conviene que todo español que se interese por el llamado problema ibérico lea y relea, y medite y vuelva a meditar el cap. III, «El iberismo», del libro II «La Regeneración» del «Portugal contemporáneo» del mismo Oliveira Martins, que fué ministro en su patria. Allí verá cómo vino a encenderse en el corazón del pueblo pasivo portugués y «en provecho de la intriga política, un odio arcaico, absurdo» contra España. Y allí verá cuáles han sido y cuáles son los obstáculos para una unión espontánea, popular, democrática, entre Portugal y España.

Después de hablar Oliveira Martins de la protección de Inglaterra a la independencia portuguesa, pues todo lo torpe y neciamente suele decirse en España por algunos sobre esa tutela inglesa y la estúpida calumnia de que Portugal no es sino una colonia inglesa no pasa de ser charla de ignorantes o mal intencionados, siendo la verdad que Inglaterra garantiza la independencia de Portugal como garantizaba la neutralidad de Bélgica—dos voluntades de dos pueblos pequeños—después de hablar de ella, añade:

«Nos mantiene, con todo, de pie sólo esta protección de Inglaterra? No, ciertamente. Defiéndonos el desorden de España, por tantos lados semejante al nuestro; defiéndonos el haber allí aquello mismo que hace nuestro mal orgánico: la falta de alma o pensamiento consciente en la dirección del Estado. Defiéndonos también vagamente la historia con sus siete siglos tan fustigados por la retórica, con la lengua diferenciada, con una dinastía, con un Camocns, hasta con el estallar de los cohetes y frases en los primeros de diciembre.»

Y hoy en que ya ha desaparecido, creemos que para siempre, la dinastía brigantina de Portugal, como desapareció con Carlos II el Hechizado para siempre, así queremos creerlo, la dinastía austriaca de España, hoy es eso tan verdad como cuando hace más de un cuarto de siglo lo escribía Oliveira Martins.

No sabemos si se llegará algún día a una unión civil y popular entre Portugal y España; pero si se llega y esa unión ha de ser justa y duradera, ten-

drá que ser popular y civil, sin que sirva de nada que la lleven a cabo los que arman guerras más o menos cruentas, en el campo o en el papel, y dirigidos por puño que empuña Reinos. El tiempo de los Austrias desapareció, felizmente, de España, para dar lugar al de los Borbones. Y éstos en sus pérdidas han sido más nobles, más humanos, es decir, más civiles que aquéllos en sus conquistas, y, sobre todo, más españoles. Como que el grave pecado de Cataluña cuando su levantamiento en la guerra de Sucesión, fué que su nobleza se pronunciara a favor del pretendiente austriaco, Carlos III, y en contra del francés, Felipe V de Borbón. Y hay hoy catalanes muy catalanes, y hasta catalanistas, que reniegan del espíritu reaccionario, austrizante, que inspiró el canto de los segadores.

Una unión entre pueblos para ser leal y fecunda y justa tiene que ser civil, puramente civil, y hecha por pacto civil, civilizado, y no hay cosa peor que el que pretendan borrar fronteras los imperialistas adoradores de la fuerza, con la pluma misma con que celebran el derecho del más fuerte, el «l'anstrecht», y se burlan de la justicia y de la civilidad, y de la noble, de la nobilísima improvisación de los que por creerse en mundo civilizado no llevan armas a cuestas ni se ejercitan en su manejo, ni se organizan para la presa. Que hay improvisaciones e improvisaciones que son señal de nobilísimo espíritu. El que estas líneas escribe, por lo menos, tiene a gafa el no saber manejar ninguna arma. Le basta con la pluma.

No sabemos si esa frontera a que se refería el que arma guerra en el papel desaparecerá como él, profeta de profesión, profetiza; pero creemos que no debe desaparecer mientras no desaparezcan de España los imperialistas con espíritu de tiempo de los tres Felipes aquellos del «un Monarca, un Imperio y una espada». Estorba la espada para toda unión civil, civilizada y fecunda y sincera.

Miguel de Unamuno.

